

Luis Pérez, el curandero de Villanueva de San Carlos: *“Tengo una gracia de Dios para curar, y me la quitará cuando no la lleve por mi camino”.*

CURANDERO Y HERBORISTA

Siempre hemos creído que en La Mancha hay tongo; milagro; duende; voltereta; esquizofrenia; locos de atar y locos de soltar; enamorados; pícaros y soñadores. Un personaje de Villanueva de San Carlos llamado **Luis Pérez García**, anda pasando consulta entre Granada, Jaén y este pueblecito del llano volcánico con tierras de labor mullidas, bañadas por un riachuelo juguetón, con cara de niño malo, Puertollano.

Don Luis, casado con **doña María de los Santos**, es herborista, curandero y “el sabio”, como le llaman en el pueblo; se ha dado cuenta de su “pico” de oro y sus manos de platino, que las pone o las impone para curar haciéndole la competencia a los santos ermitaños y a los curas que imponen las manos, como exorcistas, para echar del cuerpo a los demonios que, aún en estos tiempos, sigue habitando en el confort de muchos. Tiene, este **don Luis**, mucha clientela, tanta que hay que pedir con anticipación hora de visita; un fuera de serie, un cuarentón que con talento natural, sabe el terreno que pisa y, sobre todo, el “medicamento” que receta. De seguro que cuanto sabe lo ha aprendido en un *vademecum* de los que editan para la medicina casera en la zona rural y,

con esto, que son fórmulas magistrales, y el don o la gracia que le ha dado El de arriba, ha logrado curar a gentes que han propagado su ciencia curativa por toda la geografía.

El tiempo en que vive este país es cabal para el desarrollo de este tipo de actividad que, dentro de una técnica primitiva, consigue buenos resultados. España vive ahora una política de curanderos, de profesionales que no lo son, de políticos sin casta, de clérigos sin fe en lo que predicán, de profesores sin ciencia que impartir. Las gentes de este país andan distraídas, alocadas, sin saber adónde acudir para curar la salud quebrantada por tanta injusticia. Los profesionales de la medicina que andan a la greña con el responsable del gobierno, pierden credibilidad en el pueblo y esto hace que las gentes se inclinen por el curandero que les espera, llanamente, y a cualquier hora para, previo un interrogatorio, y tras unas oraciones de recomendación al santo del día, extender una larga receta de potingues, almizcles, gránulos, malvaviscos, palo santo y palo vivo y hasta agua de santa Casilda, con que se moje su calavera si el mal es del cerebro o el vientre si es de digestión mala.

Yo creo que esto de llamarse herborista y curandero es un don que hay que empezar a apreciar porque algo aporta de positivo a la sociedad y es: el enseñarle a tener fe en el método, en las hierbas, en los potingues mezclados y en los santos. Hay enfermedades que no cura la ciencia: las calenturas del desempleo, las telarañas del hambre, las cenizas de la cordura, la sugestión del amor impuro, etc. El hombre se halla afectado por una epidemia de desamor: por eso impera la violencia, se registra el drama de la muerte, se descubre lo negativo de la vanidad, se fomenta la falacia de los despropósitos.

Don Luis Pérez García es un producto del milagro de esta tierra siempre en trance de cualquier locura que después se transforma en santa obsesión de poseer el amor más divinizado. Este manchego de Villanueva de San Carlos ha traído la fama a su pueblo y a su tierra, por sus manos han trabajado para que del enfermo huyan los demonios del mal y traiga al rostro la sonrisa y al corazón, el dolor menos grave: la dura que ha de desaparecer si un rayo de luz, que es la fe, ha cegado los ojos de la ignorancia y ha motivado el don de la revelación.

Granada y Jaén son una cosa para el don Luis de Villanueva, pero La Mancha es otra cosa, otro sol, otra tierra, otro aire y otros hombres que siempre amaron el futuro con esperanza y creen, todavía, en los milagros.

Diego DE PASAMONTES